

CAPÍTULO VI

El alcázar de Chapultepec. — Miramar y Miravalle. — La vida en el castillo. — Recuerdos históricos. — Paseos matinales. — Audiencias. — Donativos. — Supersticiones. — Maléfica influencia del n° 13. — La Alberca de Chapultepec. — El Baño del Emperador. — La correspondencia con los ministros en Europa. — Correspondencia reservada en cifras. — Palabras de Su Majestad á este respecto.

Pasados algunos días dispuso Su Majestad ir á vivir al alcázar de Chapultepec, viniendo sin embargo todos los días á México, para el arreglo de todos los asuntos de Gobierno ; pero comiendo en Chapultepec y sobre todo pasando allí la noche, pues el silencio absoluto que desde las ocho reinaba en todo el castillo, rodeado de centinelas, favorecía mucho su sueño, que como ya dije en capítulos anteriores, era muy ligero.

¿ Quién no conoce en México, ese pintoresco y bellísimo parque que se llama el bosque de Chapultepec ?

Á una legua aproximadamente de la capital y si-

guiendo en aquel entonces, la ancha calzada que iba paralela al acueducto que conducía el agua para la ciudad, sobre un montículo, cubierto de fresco y verde follaje, se eleva blanco y majestuoso el alcázar histórico donde tantos, tan tranquilos y tan hermosos días pasó el archiduque, antes de su trágico fin.

Desde las habitaciones imperiales, se gozaba de la vista tan hermosa que se goza hoy desde las mismas habitaciones, que sirven para el Presidente de la República.

Con algunas modificaciones que la civilización y el progreso material de México han implantado en los alrededores, veíase entonces como hoy, por el Oriente el blanco y extenso caserío de la capital dominándolo todo las esbeltas y grises torres de la Catedral ; mas allá cerrando el horizonte del Valle de México, las altas y nevadas cimas del Popocatepetl y del Ixtlaxiuhatl ; por el Sur, Tacubaya, no tan extensa como se ve hoy, la histórica ciudad ; pero sí tan hermosa, con amplios y perfumados jardines que servían como de prolongación al secular parque que rodea el alcázar ; y allá, muy allá en el fondo, el Ajusco con su picacho azul desafiando á las nubes. Por el Occidente, el Molino del Rey, la fábrica de pólvora y la fundición de Santa Fé y finalmente por el Norte los llanos de Anzures y las pequeñas poblaciones de San Jacinto, de Tacuba, de Merced de las Huertas y de Atzacotalco.

Bien sabido es que ese alcázar sirvió por los años de 1847 y 48 de colegio militar, habiendo combatido heroi-

camente contra los americanos un puñado de valientes, niños alumnos del colegio. Hoy á la entrada casi del parque, se ve un monumento que dice á la posteridad, los nombres de los héroes niños.

Después de la invasión norteamericana, sirvió el castillo de residencia de verano, para los últimos presidentes y el colegio militar se trasladó á Tacubaya.

Por ese motivo, muy pocas fueron las modificaciones que Maximiliano hizo al castillo, cuando siguiendo el ejemplo de los presidentes que habían precedido al Imperio, lo escogió para su morada.

Tapizáronse y pintáronse de nuevo todas las habitaciones, se hicieron traer nuevos muebles de Europa, y se destinó para comedor la gran sala del piso principal, quedando á la derecha del comedor la recámara del Emperador y á la izquierda la de la Emperatriz. Se construyó también un vasto corredor cubierto, que servía para que el Emperador paseándose mientras yo le leía su correspondencia, contemplara el maravilloso paisaje que ante su vista se desarrollaba. Igualmente hizo que se cubrieran los jardines con plantas exquisitas y raras, con magníficas y artísticas estatuas y con espléndidos jarrones de mármol blanco finísimo.

La ancha y hermosa rampa desde la cual se domina el valle en casi toda su extensión por la parte Noroeste, rampa que conduce al castillo, fué pavimentada de nuevo. Por último, cerca de la puerta principal, se construyeron nuevos departamentos destinados á cocheras

y á caballerizas. Cuántas veces, cuando el soñador Soberano contemplaba con su dulce mirada, el azul del cielo mexicano y el delicioso paisaje que desde la terraza se contempla; después de admirar placenteramente el panorama tan bello que ante su vista se extendía, decíame después de largos minutos de silencio:

— ¿ No cree Ud que esto debía llamarse Mira Valle, así como mi castillo de Trieste se llama Miramar ?

En la alcoba de Su Majestad, había un botón que comunicaba con un timbre eléctrico su habitación con la mía y todas las mañanas, tan pronto como despertaba, oprimía el botón del timbre mencionado y el repique de éste me hacía saltar violentamente de mi cama.

Á toda prisa me lavaba y vestía, y enseguida me dirigía en el acto á la recámara del Emperador.

Para llegar al cuarto donde dormía Su Majestad, tenía que atravesar á obscuras los jardines, pues mi habitación se encontraba en el extremo opuesto del castillo, saludaba yo al centinela de la guardia palatina que velaba á la puerta y anunciándome con un toque discreto penetraba á la imperial alcoba con mi gran cartapacio de papeles debajo del brazo.

Exactamente lo mismo que en Jalapa, en Puebla y en el Palacio de México se efectuaba la escena del matinal acuerdo antes de la salida del sol, con la única diferencia de que en Chapultepec, los camaristas vestían siempre al Emperador con traje de montar. El acuerdo terminaba poco antes de la siete de las mañana y termina-

do, volvía yo á mi cuarto violentamente, dejaba allí todos los papeles, vestíame de charro y cerrando con llave para que nadie penetrara durante mi ausencia, bajaba al patio donde ya nos esperaban los mozos con los caballos ensillados. En esos paseos por el bosque nos acompañaban siempre un ayudante de campo, un oficial de órdenes, y algunos mozos; cabalgábamos durante dos horas por las hermosas calzadas de los alrededores del bosque y á todo galope volvíamos al castillo.

Algunas veces, sintiéndome yo más con ganas de dormir que de pasear á caballo, decía á Su Majestad que si no le parecía conveniente que me quedara en mi cuarto á despachar tales ó cuales asuntos; pero el Emperador que conocía mis intenciones, y que era muy aficionado á que todo el mundo se levantara tan de madrugada como él, decíame en tono semiserio y semi-burlón:

— No, Señor mío, Mi Majestad no le permite á Ud que se quede, pues durante nuestro paseo puede ocurrir algo de lo que sea preciso que Ud tome nota.

Inmediatamente después del paseo, volvía yo á mi cuarto, donde después de recoger y de arreglar los documentos y cartas, vestíame con el traje de mañana, que exigía la etiqueta, y que consistía en pantalón claro, jaquet ó levita negra y sombrero alto gris.

Á las nueve y media nos sentábamos á almorzar en la mesita de dos cubiertos y después del almuerzo, nos dirigíamos en carruaje á Palacio, bien por la calzada de la Verónica, atravesando la Hacienda de la Teja hasta

llegar á la glorieta de Carlos IV, bien por la calzada del acueducto.

En uno de esos viajes de Chapultepec á México en carruaje, fué cuando Maximiliano ideó y llevó á cabo su idea de comprar terrenos inmediatos á Chapultepec, y trazando una línea que comunicara directamente la puerta del Bosque con la glorieta de Carlos IV, formar un hermoso paseo; paseo y calzada que hoy se llaman de la Reforma y que en la época del Imperio se llamaron « Calzada del Emperador ».

Su Majestad daba audiencia dos veces por semana y si era día de audiencia, inmediatamente que llegábamos á Palacio comenzaba ésta.

Un empleado especial del gabinete, se encargaba de llevar un registro muy minucioso en el que estaban inscritas por orden, las personas que solicitaban audiencia del Emperador, el motivo por el cual la solicitaban, y los antecedentes que discretamente se habían obtenido sobre cada solicitante.

Todos los asuntos eran generalmente expeditados por el gabinete, sólo cuando se trataba de donativos pecuniarios á personas necesitadas, se me daba á mi nota del nombre y dirección de la persona favorecida, así como de la suma concedida y estas sumas me eran entregadas por el tesorero Kuhachevich.

Unas veces á caballo, otras en un carruaje de Palacio, me dirigía á las habitaciones que se me indicaban á socorrer á las personas que Su Majestad favorecía.

Los auxilios eran cuando menos cada uno de ciu-

cuenta pesos y las personas favorecidas muy pobres ; numerosas eran pues las bendiciones que por mi conducto llegaban al Emperador, de desdichados que se creían poseedores de un tesoro, pues nunca habían visto ni siquiera imaginado poseer semejante fortuna.

Estas comisiones me llenaban de gozo : primeramente porque veía yo así muy claro, la absoluta confianza que Su Majestad tenía en mi persona, pues no había más comprobante de las sumas que yo entregaba que una simple lista de los favorecidos con sus direcciones y una señal al margen hecha con lápiz por mí ; además oír las bendiciones al Emperador me causaba también mucho placer ; y por último, me era muy agradable la referida comisión porque me permitía descansar un poco de mi trabajo de escritorio y me daba algunas horas de libertad.

Si era día de audiencia ó á nuestra llegada al Palacio, se reunía el consejo, ó bien el Emperador recibía alguno de los ministros, para tratar con él de los asuntos oficiales de su ministerio, yo aprovechaba algunas horas para ir á visitar á mi familia, pero siempre estaba de regreso en Palacio á las dos de la tarde porque en punto de las dos y media volvíamos en carruaje á Chapultepec, donde comíamos á las cuatro.

También la Emperatriz venía al Palacio todos los días, acompañada de su dama de palacio, y daba sus audiencias ; pero siempre venía á horas muy distintas que Maximiliano.

Separadamente atendía y arreglaba sus asuntos que

casi siempre se relacionaban con la Beneficencia y con la fundación de asilos. Queda aún como recuerdo glorioso de su magnanimidad, ese hospital llamado de Maternidad que ampara en sus muros á tantas desdichadas mujeres.

Volví la Emperatriz á Chapultepec todas las tardes poco más ó menos á la hora que Maximiliano regresaba, para juntos presidir la comida, que, como dije, se servía á las cuatro de la tarde.

Sentábanse todos los días á la mesa unas veinte personas, incluyéndose en éstas, los ayudantes de campo, las damas de honor y oficial de órdenes que se encontraban de servicio y yo, siendo los demás comensales caballeros ó damas á quienes se había invitado desde la víspera por medio de unas tarjetas especiales que con ese fin expedía la secretaría de ceremonias. En la comida se trataban siempre asuntos amenos y del todo ajenos á la política ; Sus Majestades dirigían la palabra en español á todos y cada uno de los comensales y si había alguno extranjero, que no conociera ese idioma, uno de los Soberanos traducía para él los puntos principales de la conversación.

Terminada la comida, la Emperatriz y las damas pasaban á sus habitaciones, y el Emperador, con los caballeros, al salón de fumar donde, de pie, se fumaba un buen tabaco y se charlaba una media hora más.

Después de la comida, muchas veces, procuraba yo cuando el Emperador no me llamaba, escaparme á México y para eso esperaba que salieran del comedor todos

los que se habían sentado á la mesa y escurriéndome por una puertecilla bajaba el cerro á todo correr, llegaba hasta las caballerizas, donde ya tenía mi caballo preparado y al galope me dirigía á la capital.

Volvía siempre al castillo antes de las ocho para recibir órdenes del Emperador antes de que se acostara.

No ignoraba Maximiliano mis escapatorias, pero en vista de mi edad y de su gran benevolencia, hacíase disimulado y me las toleraba, sin haberme preguntado nunca qué hacía á esas horas, ni adónde iba.

Una vez, que durante la comida recayó la conversación sobre las supersticiones de los distintos pueblos, largamente se disertó sobre los jetatores, en Italia, sobre los amuletos, señales y demás medios de evitar el maleficio de éstos ó personas que según los Napolitanos tienen funesta influencia; hablóse asimismo del número trece de mal agüero según los franceses y los alemanes y el Emperador se manifestó admirado de que en México, se hiciera tan poco caso de tal fatalismo, aunque los espíritus fuertes no debían ser supersticiosos.

Pocos días después de aquel en que se había hablado de supersticiones, habíase puesto la mesa para catorce personas, siendo uno de los invitados un abate italiano que acababa de llegar al país.

Como la etiqueta exigía que la comida se sirviera en punto de la hora fijada y el abate no se presentaba; al sentarse á la mesa el Emperador observó que éramos trece los comensales, hizo llamar al mayordomo Venisch

y le habló algunas palabras al oído; enseguida Venisch se acercó á mí y me dijo que Su Majestad deseaba que yo, que era el de más confianza, me ausentara de la mesa, pues éramos trece los que allí nos encontrábamos.

Encantado recibí la orden de ausentarme para comer solo en mi cuarto, sin verme obligado al ceremonial de la etiqueta; pero apenas comenzaba á comer, cuando Venisch vino de nueva cuenta á llamarme violentamente para decirme que el retardado abate acababa de llegar y volvían á ser trece los comensales; que Su Majestad decía que en el acto y pretextando cualquiera excusa que justificara mi momentánea ausencia, volviera á presentarme y á tomar mi asiento en la mesa imperial.

Cerca del bosque existía un hermoso manantial llamado Alberca de Chapultepec y que según cuenta la tradición servía de baño á la hermosa india La Malinche, querida favorita del conquistador Hernán Cortés.

Ese manantial era tan abundante que desbordándose por ambos lados, alimentaba por una parte un estanque que servía de baño para nadadores inexpertos y por el otro una serie de pequeños estanques que se destinaban á las señoras.

Cuando Maximiliano conoció la existencia del precioso manantial, lo aprovechó para bañarse en él siempre que no venía á México.

Generalmente tomaba su baño al mediodía, y media

hora antes, dos de sus camaristas le bajaban su ropa de baño, y cuatro guardias palatinas se colocaban en las calzadas cercanas para que nadie entrara mientras el Emperador se bañaba. Nadaba el Soberano, durante unos quince ó veinte minutos, pagaba por su baño cinco pesos, y volvía muy gozoso y contento al castillo después de saborear ese placer de la natación que tanto le gustaba.

Otras veces, después de tratar con alguno de los ministros los asuntos oficiales, montaba en un cochecito de mimbre tirado por dos poneys primorosos que él mismo guiaba y mientras paseábamos por el Bosque, yo le leía algunas cartas y documentos, para después reposar unos minutos á la sombra fresca de los añosos y hermosos ahuehuetes del espléndido parque.

Dos veces al mes, me dictaba largas cartas para los ministros residentes en el extranjero. — Para el correo de Europa se aprovechaba la llegada á Veracruz de los vapores francés é inglés. Aquel fondeaba casi siempre á mediados y éste á fines de cada mes.

En las cartas que se escribía á los ministros del extranjero se reseñaban muy minuciosamente las fiestas, recepciones, bailes, viajes, etc.

El principio de esas cartas era siempre unas líneas que el Soberano llamaba en francés « Tartine » y en las que se refería en primer término á los asuntos del país en que se encontraba la persona á quien escribía; en seguida venía una reseña de lo ocurrido durante la quincena en el Imperio mexicano, viendo siempre la situa-

ción bajo un punto de vista muy favorable para la causa imperialista y atenuando mucho los descalabros que sufrían las tropas imperiales.

Por último, las reseñas de fiestas, en que nos extendíamos mucho. Terminadas las minutas, me dirigía á mi gabinete y mandaba llamar, bien en Chapultepec ó bien en Palacio á ocho ó diez escribientes, y después de hacerles copiar las cartas y de revisarlas, las llevaba á la firma de Su Majestad.

Esta comisión de copiar las cartas se la disputaban todos los jóvenes escribientes del gabinete; porque terminada su tarea, se les servía una mesa espléndida y se les obsequiaban magníficos tabacos.

Las direcciones de cada carta quedaban á mi cargo.

Por la noche antes de acostarse el Emperador era cuando me daba todas las cartas que se recibían y si venía alguna en cifra, iba violentamente á mi cuarto para traducirla con la clave que yo tenía en mi poder. Cuando había que escribir alguna carta también en cifra, Maximiliano me dictaba el borrador y yo la ponía en cifra.

Algunas veces cuando esto sucedía, solía decirme sonriendo y en tono de broma, pero que yo comprendía que era muy formal.

— Señor mío, si alguna vez se divulga alguno de estos asuntos que tratamos en cifra, como solo Ud puede divulgarlo, en vez del porvenir que se le espera, irá á habitar una prisión por el resto de sus días.

— Puede Vuestra Majestad estar tranquilo, le contestaba, pues tengo la particularidad de olvidar todo lo que se trata en cifra y un minuto después de haberlo leído ó escrito, no recuerdo ya una sola palabra.

CAPÍTULO VII

Cumpleaños del Emperador. — Fiestas y recepciones. — Primer baile en Palacio. — Lujo de la corte. — La presentación de los invitados. — La cuadrilla de honor. — Los lunes de la Emperatriz. — Críticas del baile. — Chispeantes conversaciones de sobremesa. — Las aventuras galantes de la corte. — Algunas anécdotas ingeniosas del Emperador. — Banquete en honor del Embajador de Portugal. — Coleadero en Chapultepec.

1-86 El día seis de julio era el cumpleaños de Maximiliano; habiendo nacido el 6 de julio de 1832, cumplía entonces 33 años, siendo el segundo aniversario de su nacimiento que pasaba en México..

Su padre, el Emperador de Austria, Francisco Carlos José, había renunciado la corona en su hijo primogénito, Francisco José, el día dos de diciembre de 1848; vivía aun, así como su madre la archiduquesa Sofía. Tanto el Emperador de Austria, como la archiduquesa habían felicitado á su augusto hijo á su debido tiempo, en una larga y cariñosa carta.

Deseando Su Majestad pasar ese día con toda li-